

CAPITULO XVII

Un año de prueba.

Grande fué el duelo en Palermo, y magníficos los funerales, que, según costumbre, tuvieron lugar por la noche. La ciudad entera seguía el carro mortuario; la iglesia de Santa Rosalía (catedral), convertida en capelardente, no podía contener la muchedumbre, la cual se desbordaba en la plaza, y de la plaza en la calle de Toledo.

Detrás del catafalco, el cual se hallaba cubierto de un inmenso paño de terciopelo negro salpicado de lágrimas de plata y de multitud de cruces de las primeras órdenes de Europa, iba, conducido por dos pajes, el caballo de batalla del príncipe Caramanico, pobre animal que piafaba orgullosamente bajo sus caparazones de oro, ignorando la pérdida que acababa de sufrir y la triste suerte que le esperaba.

Al salir el cortejo de la iglesia, el corcel volvió á ocupar su puesto detrás del carro fúnebre; pero entonces el primer escudero del príncipe se le acercó, lanceta en mano y, mientras el animal le acariciaba

con un relincho, le abrió la arteria yugular. El noble corcel lanzó un débil quejido, pues aunque el dolor no fuese grande, la herida debía ser mortal; sacudió la cabeza adornada de penachos con los colores del príncipe, esto es, blancos y verdes, y continuó su camino; pero un delgado y continuo chorro de sangre empezó á regar su pretal, dejando un rastro rojizo en el pavimento.

Al cabo de un cuarto de hora, el caballo tropezó por primera vez, y se enderezó relinchando, no ya de alegría, sino de dolor.

El cortejo avanzaba entre nubes de incienso, atravesando al compás de los cánticos de los sacerdotes y á la luz de millares de cirios, calles colgadas de negro y arcos de fúnebre ciprés.

Habíase preparado en el campo santo de los capuchinos un sepulcro provisional: el cadáver del príncipe debía ser transportado á Nápoles á la capilla de familia.

En la puerta de la ciudad, el caballo, debilitado por la pérdida continua de la sangre, tropezó segunda vez, y, con azorados ojos, dejó escapar un relincho de terror.

Dos forasteros que nadie conocía, un hombre y una mujer, conducían aquel duelo casi real, duelo en el cual se confundían todas las clases de la po-

blación, desde las más elevadas hasta las más ínfimas : eran Luisa y San Felice, cuyas lágrimas se mezclaban mientras que murmuraban sus labios los nombres de ¡padre! y ¡amigo!

Llegóse á la bóveda, cuya abertura cubría una gran losa, en la cual estaban grabadas las armas y el nombre del príncipe; aquella losa fué levantada para dar paso al ataúd, y al mismo tiempo se elevó al cielo un inmenso *De profundis* entonado por cien mil voces.

El caballo, habiendo perdido en el camino la mitad de su sangre, cayó de rodillas sobre el sepulcro; diríase que el pobre animal rogaba también por su amo. Cuando expiró en los labios de los sacerdotes la última nota del fúnebre canto, se tendió sobre la ya cerrada tumba, como para defender su acceso, y quedó en la inmovilidad de la muerte.

Aquel sacrificio era un resto de las costumbres guerrreras y poéticas de la edad media: el caballo no debía sobrevivir al caballero. Los otros cuarenta y dos caballos que formaban las caballerizas del príncipe fueron también degollados sobre el cadáver del primer corcel.

Concluída la ceremonia, se apagaron los cirios, y aquel inmenso cortejo, silencioso como una procesión

de fantasmas, volvió á entrar en la ciudad, cuyas calles y edificios estaban sumidos en las tinieblas. Al ver su tenebroso aspecto, hubiérase dicho que una sola antorcha alumbraba aquella vasta necrópolis, y que, una vez apagada por el soplo de la muerte, había vuelto á vestir su fúnebre capuz.

Al amanecer del día siguiente, Luisa y San Felice se embarcaron de nuevo para Nápoles. Tres meses duró el período consagrado á aquel dolor sincero; durante ese período, volvieron á su antigua vida, la cual fué entonces un poco más triste, pero no menos serena.

Así que expiró el plazo, San Felice exigió que empezara el año de prueba, esto es, que Luisa frecuentase la sociedad; al efecto, compró el carruaje más elegante y los mejores caballos que le fué posible hallar, aumentó la servidumbre de su casa con un cochero, un ayuda de cámara y una doncella, y empezó á mezclarse, acompañado de Luisa, con los paseantes que diariamente concurrían á Toledo y á Chiaia.

Su vecina la duquesa Fusco, viuda de treinta años de edad y posesora de una inmensa fortuna, recibía en sus salones lo más florido de la sociedad de Nápoles; obedeciendo á ese sentimiento de simpatía tan poderoso en las italianas, había invi-

tado con frecuencia á su joven amiga á sus espléndidos saraos, invitaciones que Luisa rehusaba siempre so pretexto de la vida retirada que hacian ella y su tutor. Pero esta vez, fué San Felice quien pasó á casa de la duquesa Fusco para suplicarla que invitase á su pupila. Inútil es decir que la duquesa lo hizo con el mayor placer.

El invierno de 1796 fué, pues, una época de festejos y de luto para la pobre huérfana; á cada nueva ocasión de darse á conocer y, por consiguiente, de brillar, que San Felice le proporcionaba, Luisa oponía una viva resistencia, escudándose en la sinceridad de su dolor; pero entonces el caballero le recordaba la deliciosa frase de su niñez: « ¡ Ya no lloro, papá! »

Y en efecto: el dolor desaparecía de la superficie; Luisa le encerraba con sus lágrimas en el fondo del corazón; pero en sus ojos y en su semblante quedaba un resto de tristeza y aquella dulce melancolía daba nuevo realce á su hermosura.

Además, nadie ignoraba que la pupila de San Felice era, si no millonaria, á lo menos lo que se llama en términos casamenteros un partido conveniente. Gracias á las precauciones de su padre y á los desvelos de su tutor, Luisa tenía ciento veinte mil ducados de dote, suma que se hallaba colocada

en la mejor casa de Nápoles, en la de los Sres. Simón Andrés, Backer y Comp.^ª, banqueros del rey: esto sin contar que todo el mundo la consideraba como hija natural de San Felice y por consiguiente única heredera de su capital.

Los que calculan en esta clase de materias, lo calculan todo.

Luisa encontró en casa de la duquesa Fusco á un hombre de treinta y cinco años, hijo de una de las más ilustres familias de Nápoles, el cual se había distinguido en Tolón cuando la guerra de 1793; llamábase el príncipe de Moliterno, y acababa de obtener el mando, con el grado de brigadier, de un cuerpo de caballería destinado á servir de auxiliar en el ejército austriaco así que empezase la campaña de 1796 que iba á abrirse en Italia.

En aquella época, el príncipe aun no había recibido el sablazo que dividió su rostro, privándole de un ojo, y que imprimió en su semblante el sello del valor que, por lo demás, nadie dejó de concederle.

Moliterno poseía un nombre ilustre, una fortuna decente y palacio en Chiaia. Al ver á Luisa, se enamoró de ella, y rogó á la duquesa que intercediera por él cerca de su joven amiga; pero no obtuvo más que una repulsa.

Paseando por Toledo y Chiaia en el elegante carruaje de que antes hicimos mérito, Luisa había visto á menudo á un apuesto jinete, mezcla de Richelieu y de Saint-George napolitano; era el hermano mayor de aquel Nicolino Caracciolo con quien trabamos conocimiento en el palacio de la reina Juana: era el duque de Rocca-Romana.

Los infinitos rumores que respecto al duque circulaban, rumores que tal vez hubieran sido poco honrosos para un noble de nuestras capitales del Norte, en aquel país de costumbres ligeras y de moral acomodaticia servían de realce á sus prendas, haciendo que fuese un objeto de envidia para la dorada juventud de Nápoles. Decíase que Rocca-Romana era uno de los amantes efímeros que el favorito Actón permitía á la reina, como Potemkin á Catalina II, á condición de que él continuara siendo el amante inamovible, y que la reina le costeaba todo aquel lujo de carrozas, lacayos y soberbios corceles, puesto que la fortuna del duque no era bastante considerable para sufragar los inmensos gastos que aquel lujo demandaba; pero también se decía que, merced á tan elevada protección, el duque podía aspirar á todos los puestos.

Un día, no sabiendo cómo introducirse en casa de San Felice, el duque de Rocca-Romana se le pre-

sentó de parte del príncipe Francisco, del cual era gran escudero; llevábale un nombramiento de bibliotecario de Su Alteza, especie de prebenda que el príncipe ofrecía al reconocido mérito del sabio.

San Felice rehusó, declarándose incapaz, no de ser bibliotecario, sino de plegarse á los mil deberes de etiqueta que naturalmente exige un destino en la corte. Al día siguiente, un carruaje con las armas reales se detuvo á la puerta de la casa de la Palmera, y el príncipe entró en persona á revonar al sabio el ofrecimiento que le había hecho su gran escudero.

No había medio hábil de rechazar semejante honor, ofrecido por el futuro heredero del trono. Sin embargo, San Felice opuso una dificultad momentánea, suplicando á Su Alteza que aplazase por seis meses los efectos de su buena voluntad; durante ese tiempo, Luisa sería su mujer ó sería la esposa de otro: en el segundo caso, necesitaría de distracciones para consolarse; en el primero, su nueva posición le abriría las puertas de la corte y este sería un medio de distraerla.

Hombre inteligente y verdadero amante de la ciencia, el príncipe Francisco aceptó el plazo, cum-

plimentó á San Felice por la belleza de su pupila y abandonó la habitación del sabio.

Pero la entrada quedó libre para el duque de Rocca-Romana, el cual visitó asiduamente á Luisa por espacio de tres meses, agotando en vano los tesoros de su elocuencia y los recursos de sus gracias personales.

Aproximábase el tiempo en que debía decidirse la suerte de Luisa; á pesar de las seducciones que la rodeaban, la joven persistía en su resolución de cumplir la promesa hecha á su padre; entonces San Felice quiso rendirla cuenta exacta de su fortuna á fin de separar su dote y de que Luisa, aun siendo su esposa, pudiera disponer de él á su antojo. Con tal objeto, suplicó á los banqueros Backer, en cuya casa había sido colocada hacía quince años la suma primitiva de cincuenta mil ducados, que hiciesen lo que en términos de banca se llama un estado de situación. Andrés Backer, hijo mayor de Simón Backer, se presentó en casa de San Felice con todos los papeles referentes al asunto y con las pruebas materiales del modo como su padre había colocado y hecho producir aquel dinero. Aunque aquellos detalles eran de escaso interés para la joven, San Felice quiso que presenciase el acto. Backer no había visto nunca á Luisa de cerca, y, maravillado

entonces de su hermosura, pretextó la falta de algunos papeles á fin de volver á casa de San Felice. Sus visitas menudearon, y concluyó por declarar á su cliente que estaba enamorado perdido de su pupila; si ésta consentía en ser su esposa, podía retirar un millón de francos de la casa paterna, en el momento de casarse, contando con los quinientos mil de Luisa, cuya suma llegaría á sextuplicar en algunos años; entonces Luisa, sería una de las mujeres más ricas de Nápoles, lucharía en elegancia con las primeras aristócratas y su lujo eclipsaría el de las grandes damas de la corte, así como ya las eclipsaba por su hermosura. Pero Luisa no se dejó deslumbrar por tan brillante perspectiva, y San Felice, contento y orgulloso al mismo tiempo viendo que por él había rehusado la ilustración de Moliterno, el talento y la elegancia de Rocca-Romana y la riqueza del opulento banquero del rey, significó á Andrés Backer que volviese á su casa cuantas veces quisiera como amigo, pero que renunciase á venir como pretendiente.

Por último, habiendo llegado el término del plazo que fijara el mismo San Felice, el día 14 de Diciembre de 1796, aniversario de la promesa hecha al moribundo príncipe Caramanico, el caballero y Luisa Molina se dirigieron á la iglesia de Pie-de-

Grotta, y allí, sin pompa de ningún género, y en presencia del príncipe Francisco que quiso servir de padrino á su futuro bibliotecario, quedaron unidos con lazo indisoluble.

Celebrado el casamiento, Luisa pidió por primera gracia á su marido que redujese la servidumbre al personal ordinario, porque deseaba continuar con la misma sencillez que había vivido por espacio de catorce años. Consiguiente á esto, se despidió al cochero y al ayuda de cámara y fueron vendidos los caballos y el carruaje: sólo quedó en casa Nina, la doncella, en atención al cariño que parecía haber cobrado á su ama. En cuanto á la vieja aya, que echaba siempre de menos su retiro de Pórtici, se le señaló una pensión, y volvió á su pueblo alegre y contenta como un desterrado que vuelve á su patria.

De todas las relaciones que Luisa adquirió en aquellos nueve meses de continua sociedad, no conservó sino una sola amiga, la duquesa Fusco: rica y viuda, según antes dijimos, y con diez años más que nuestra heroína, la duquesa era de una conducta intachable que la había puesto siempre al abrigo de la maledicencia; sólo tenía el defecto de censurar con demasiada acritud y más libremente de lo que fuera necesario los actos po-

líticos del gobierno y la vida privada de la reina.

No pasó mucho tiempo sin que las dos amigas llegaran á ser inseparables. Sus habitaciones habían formado en otra época un solo edificio que sin duda fué dividido en una partición de familia. Á fin de verse á todas horas sin necesidad de salir á la calle, convinieron en abrir una puerta de comunicación que se hallaba condenada desde que habían tenido lugar las citadas particiones. Comunicóse el proyecto á San Felice, quien, lejos de oponer obstáculo, fué inmediatamente á buscar los obreros para que efectuasen la apertura; la intimidad de su joven esposa con una mujer del rango, de la edad y de la reputación de la duquesa Fusco no podía menos de serle agradable. Desde entonces, las dos amigas vivían siempre juntas.

Un año se deslizó en la felicidad más completa. Luisa había ya cumplido veintiuno, y quizá su vida hubiera pasado en aquella plácida calma, si no hubiesen llegado á oídos de la reina algunas palabras imprudentes dichas por la duquesa Fusco respecto á Emma Lyonna. Cuando se trataba de su favorita, Carolina no se andaba con bromas; la duquesa recibió una invitación de parte del ministro de policía para que fuese á pasar algún tiempo á sus tierras.

Acompañóla al destierro una de sus amigas, llamada Leonor Fonseca Pimentel, á la cual se acusaba, no sólo de haber hablado, sino también de haber escrito.

El tiempo que la duquesa debía pasar fuera de la corte era ilimitado; un aviso del mismo origen que la invitación debía anunciarle la época en que le sería permitido volver á Nápoles.

La duquesa marchó, pues, á la Basilicata, en cuya provincia radicaban sus propiedades, y al marchar dejó á Luisa todas las llaves de la casa á fin de que durante su ausencia presidiera por sí misma á los mil cuidados que exige un mueblaje elegante.

Luisa quedó completamente sola.

El príncipe Francisco, habiendo cobrado gran amistad á su bibliotecario al hallar en él, bajo la corteza del hombre de mundo, una ciencia tan vasta como sólida, prefería su sociedad á las adulaciones de los cortesanos y quería tenerle siempre cerca de sí. El príncipe era de un carácter dulce y tímido, timidez y dulzura que el recelo convirtió después en profundo disimulo. Asustado á causa de las violencias políticas de su madre, cuya popularidad veía disminuir por grados, y viendo el trono próximo á derrumbarse, quería heredar el prestigio que per-

día la reina, apareciendo completamente extraño y aun opuesto á la política seguida por el gobierno de Nápoles; la ciencia le ofrecía un refugio: escudóse, pues, con su bibliotecario y aparentó absorberse en sus trabajos arqueológicos, geológicos y filológicos, aunque sin perder de vista el curso de los acontecimientos que, segun él, se precipitaban hacia una calástrofe.

En resumen: el príncipe hacía esa hábil y sorda oposición liberal que hacen siempre los herederos de la corona bajo todos los gobiernos despóticos.

También el príncipe se había casado en aquella misma época y traído á Nápoles con gran pompa á la joven archiduquesa María Clementina, cuya palidez y tristeza producían en medio de aquella corte el mismo efecto que produce en un jardín una flor nocturna, pronta siempre á cerrarse á los rayos del sol.

El príncipe Francisco había invitado con insistencia á San Felice á que asistiese en compañía de su mujer á los festejos que tuvieron lugar con motivo de su matrimonio; pero Luisa, á quien la duquesa Fusco había dado exactos pormenores sobre la corrupción de aquella corte, suplicó á su marido que la dispensase de ir á palacio. Y su marido, que no deseaba otra cosa más que ver á su mujer presi-

riendo su casto nido á peligrosos placeres, se excusó con Su Alteza lo mejor que pudo. ¿Pareció buena la excusa? Buena ó mala, fué admitida y esto era lo esencial.

Ya lo hemos dicho, desde hacía un año, con el destierro de su amiga la duquesa Fusco y la continua presencia de San Felice en palacio, Luisa se hallaba completamente sola; y como la soledad es madre de los sueños, nuestra heroína empezó á soñar.

¿En qué? Ni ella misma lo sabía. Sus sueños carecían de cuerpo, ningún fantasma los poblaba; eran dulces y embriagadoras languideces, vagas y tiernas aspiraciones hacia lo desconocido; nada le faltaba, no deseaba nada y, sin embargo, sentía un extraño vacío que si no estaba en su corazón se hallaba á lo menos alrededor de él.

Luisa comprendía que su marido, tan profundamente sabio, podría sin duda alguna explicarle aquel fenómeno tan nuevo para ella; y, sin embargo, antes que pedirle explicaciones hubiera preferido morir. ¿Por qué? Tampoco lo sabía.

Tal era la disposición de ánimo en que se hallaba cuando su hermano de leche Miguel la habló un día de la albanesa y le propuso hacerla venir para que la consultase. Luisa admitió después de algunas vacilaciones, y convinieron en que la entrevista

tendría lugar en la noche siguiente, mientras que su marido asistía á las fiestas que daba la corte en honor de Nelson y en celebración de la victoria que el almirante acababa de obtener sobre los franceses. Ya hemos visto lo que pasó durante aquella noche en tres puntos diferentes, esto es, en la embajada inglesa, en el palacio de la reina Juana, y en la casa de la Palmera; ya hemos visto como la sibila, sea por casualidad, sea porque, en efecto, poseyese la misteriosa ciencia que desde la edad media ha llegado hasta nosotros con el nombre de cábala, sea en fin, por su penetración natural, leyó en el corazón de la joven y le prodijo el cambio que el próximo conocimiento de las pasiones iba á producir en aquel corazón tan puro y tan immaculado.

Casualidad ó fatalidad, lo cierto es que los hechos comprobaron inmediatamente la predicción. Atraída por un sentimiento irresistible hacia aquel á quien su pronto socorro había salvado la vida, Luisa empezó á tener secretos para ella sola, y la hemos visto esquivar la presencia de su marido, recibir en su frente abrasada por angustiosos cuidados el beso conyugal, mientras aparentaba profundo sueño, y no bien desapareció San Felice, levantarse con los pies desnudos y el alma oprimida para ir á

interrogar con inquieta mirada á la muerte que se cernía sobre el lecho del herido.

Dejemos que Luisa, con el corazón agitado por las palpitations de un amor naciente, vele ansiosa á la cabecera del moribundo, y veamos lo que al día siguiente de aquelen que el embajador de Francia arrojó á los convidados de sir William Hamilton su terrible despedida pasaba en el consejo del rey Fernando.

CAPÍTULO XVIII

El rey

Si en vez de un relato de acontecimientos históricos á los cuales debe imprimir la verdad un sello más profundamente terrible, acontecimientos que por otra parte se hallan consignados de una manera indeleble en los anales del mundo, nos hubiéramos propuesto escribir una simple novela de dos á trescientas páginas con] el inútil fin de distraer á una lectora frívola ó á un lector lleno de hastío con una serie de aventuras más ó menos pintorescas, más ó menos dramáticas, pero hijas de nuestra imaginación, pondríamos en práctica el principio del poeta latino y, apresurando el desenlace, introduciríamos, inmediatamente al lector ó á la lectora en aquel consejo de Estado que presidía la reina Carolina y al cual asistía el rey Fernando, sin cuidarnos de que trabasen más íntimo conocimiento con aquellos dos soberanos, cuyo bosquejo hicimos en uno de nuestros primeros capítulos. Pero entonces, lo que nuestro relato ganase en brevedad, lo perdería sin